

“ALEGORÍA DE ATAHUALPA”: UN TEXTO DESCONOCIDO DE VICENTE HUIDOBRO

Las páginas tituladas “Alegoría de Atahualpa” de Vicente Huidobro no han sido incluidas en las *Obras completas*, no aparecen mencionadas en sus bibliografías ni tampoco en el libro que reúne los “textos inéditos y dispersos” recopilados por José Alberto de la Fuente en 1993. Se trata, pues, según estas evidencias, de una pieza huidobriana poco o nada conocida, lo que confiere un particular interés de rescate documental a su reproducción en nuestra revista.

El poeta e investigador peruano Ricardo Silva-Santisteban, Presidente de la Academia Peruana de la Lengua, nos acercó hace algunos días una copia de esta “Alegoría”, aparecida en 1935 en la revista *Zig-Zag* de Santiago, y cuya existencia ha pasado inadvertida, al parecer, durante todos estos años. Agradecemos, pues, a la reconocida diligencia del académico peruano la posibilidad de difundir una pieza importante de nuestro poeta, por el tema de afirmación americanista que propone y desarrolla y por la modalidad expresiva a la que recurre.

Ricardo Silva-Santisteban encontró este poema alegórico en un número especial de la revista chilena, dedicado en enero de 1935 a la celebración del IV Centenario de la Fundación de Lima. Esto explica tal vez el desconocimiento de estas páginas, porque se puede conjeturar que esa edición de *Zig-Zag* tuvo una escasa o menor circulación en el país y fue destinada principalmente a los lectores peruanos. En el Museo Histórico de Santiago, por ejemplo, cuya biblioteca tiene una colección completa de *Zig-Zag*, no se encuentra esta entrega del 11 de enero (el tomo correspondiente a 1935 pasa del día 4 al 18 de ese mes), aunque sí está digitalizada en el fondo de revistas de la Biblioteca Nacional. Creemos que el primer dato avala la suposición anotada.

Será de interés registrar sumariamente, desde el preámbulo, el contenido del homenaje de *Zig-Zag* al IV Centenario de la Fundación de Lima, y en cuya presentación se lee:

Consideramos que la celebración de una efemérides tan gloriosa como lo es la fundación de la arcaica y legendaria Ciudad de los Virreyes, debe dar margen a manifestaciones que no solo signifiquen un acto de mera cortesía internacional, sino también entrañen la formulación de una promesa y de una intención de recíproca cordialidad.

En las páginas que siguen aparecen, alternadamente, colaboraciones de escritores e historiadores peruanos y chilenos: Antonio Garland, Carlos Manuel Cox, Pablo Abril de Vivero, Carlos Barella, José Díez Canseco, Francisco A. Encina, Augusto Iglesias, Juan Gómez Millas, José de la Riva Agüero, E. Rodríguez Mendoza, Vicente Huidobro, Roberto Mac-Lean, Rafael Larco, Pedro Prado, Eduardo Barrios, José M. Eguren, José Jiménez Borja, entre otros, además de numerosas fotografías de lugares públicos y edificios, como la Embajada del Perú en Chile y la Embajada de Chile en el Perú.

Las ilustraciones de este número especial de *Zig-Zag* incluyen también obras de pintores peruanos y chilenos; entre estos últimos, Laureano Guevara y Gustavo Carrasco Délano.

Agradecemos a don Vicente García Huidobro Santa Cruz, Presidente de la Fundación Vicente Huidobro, su autorización para reproducir en *Anales de Literatura Chilena* esta desconocida “Alegoría de Atahualpa”.

La Dirección

tierra y el sol será para los hombres de tu raza que aprenderán otra vez a sonreír.

El águila sube sobre el ruido de sus alas, el cóndor su picotea entre las plumas, las llamas blancas contemplan el horizonte con sus ojos de alfa que sabe versos, los árboles contemplan el cielo y saludan a tu sol.

Porque ese es tu sol y esa tu luz desparrramada sobre las cordilleras, tendida sobre las selvas, animando las llanuras y encendiendo cada piedra y cada flor.

El extranjero, al mirar tus flores encandiladas y los grandes incendios de tus arboledas, tendrá miedo de perder la razón.

No hay luto en medio de semejante luz y aun la tarde es gloriosa como tus preciosos tejidos.

Sin embargo, he ahí al verdugo histórico y su risa ecuestre entre las lanzas.

Hombre de ojos nocturnos, ¿qué quieres de mí?

En las sierras de oriente la lluvia tiene un ruido de pájaro que se frota las alas.

¡Atahualpa, despierta; despierta de tu embrujamiento!
¡He ahí la traición!
He ahí la muerte más cerca de tu pecho, que el recorrido de una flecha.

Y se levantan los vasos de oro y los vasos de plata.

Y la chicha, fermentando, hace un ruido de abeja entusiasmada.

Y el verdugo taciturno bebe en tu vaso al ho-

nor de tu amistad.

Tres carabelas vinieron sobre el mar.

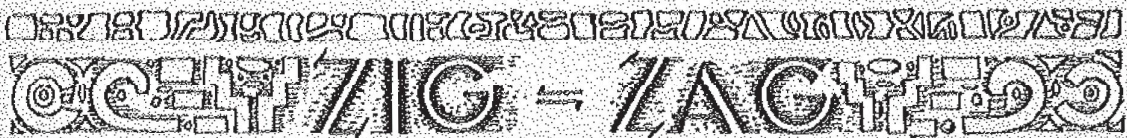
¡Qué verdes están los árboles! ¡Qué luminosas las colinas!

Atahualpa, Atahualpa, empieza tu larga noche.

V. H.



Atahualpa, Atahualpa, tres carabelas sobre el mar.



ANO XXX.

Santiago de Chile, 11 de enero de 1935.

NUM. 1555.

Escudo de Lima

(portada), por ALFREDO BUSTOS.

Pizarro

(tricolor interior), por LAUREANO GUEVARA.



ALEGORÍA DE ATAHUALPA

VICENTE HUIDOBRO

Tres carabelas sobre el mar.

Y allá lejos el viejo inca contempla la noche y pide un hijo a las estrellas. ¿Dentro de cuántos años nacerá el nuevo inca como el día?

¡Salud, oh miel de la caña con tu largo corredor interno más dulce que la música del más desgraciado de tus indios!

¡Oh inca señalado por el presagio de tus ojos dolientes!

Con un gran alarido la aurora te saluda. Silban los vientos sobre cada hoja.

Tus guerreros se levantan y saludan al sol y te saludan, hermoso bajo tus tejidos vivientes.

Pero hay un ruido de hombres lejanos en las lejanías.

Hay un ruido de dientes que se afilan contra las piedras de remotas playas.

Y el nuevo inca va a nacer y crecerá en el secreto de sus tierras inmensas y entre sus flores ignorantes de los mandatos de la historia.

Atahualpa, Atahualpa, tres carabelas sobre el mar.

¿Y qué dicen los astros y qué dice tu sol en las mañanas, saliendo como un cañonazo entre las torres de tus fuertes allá encima de los Andes?

Es bueno amar a los hombres y ser amado de los hombres.

Sin embargo, has llorado como un gran árbol en las mañanas de neblina, sin saber por qué llorabas.

Atahualpa, prepara todas tus lágrimas.

Joven príncipe sentado sobre cordilleras de oro, aprende a decir: Maldito el extranjero ávido de oro. Y luego: Tiempo feliz aquel de mis mocedades. No hay remedio. Es la ley del destino y la historia conoce la hora de su ley.

Tiembla en las tinieblas el nacimiento de un designio.

Honor a los que anuncian el futuro.

Honor a los que conocen el pasado.

Honor a los que oyen las voces del mundo y los latidos de su pecho semejante a un barco que pasa en la noche.

Honor a los que estudian los signos del misterio.

Las olas tienen unas alas extrañas y traen ahora una música negra de augurios sorprendentes.

Escucha los sollozos lejanos de las selvas que oyeron tus palabras y las palabras de tus hombres.

Escucha el clamor del horizonte semejante a un árbol de ruidos que va creciendo y acercándose por su ruido.

Nada podrá tu heroísmo sereno contra la traición y la perfidia ni contra la marcha dialéctica del mundo.

Rompe la seda de tus sueños pletóricos y aprende el nuevo idioma salado por los mares y grueso de tempestades.

Los ojos entornados, la cabeza reclinada sobre el cielo. ¿Nada te dice el vuelo de tus pájaros?

De pie sobre una tabla de oro y sobre los hombros de cuatro titanes o pilares vivos de tu endiosamiento y de su inconsciencia. Alturas del orgullo. ¿Qué sueñas que no oyes la voz de los signos de tu tierra y los anuncios del aire misterioso?

Se acerca tu larga noche.

He ahí tu verdugo escupido por las olas.

Y las olas avergonzadas se cubren el rostro y se alejan para no ver el gesto insolente del traidor.

Esconde tus vírgenes que tienen todavía un sabor de fruto ácido en los labios y los cuerpos creciendo como arbustos debajo de ricas telas.

Piedra sobre piedra se levantan tus templos y el sol tiene un poco de sombra en ellos y frescura de elogios en millones de gargantas.

¿No oyes el aliento de los lobos en la noche?

Levanta tu mano y llena de oro la sala más grande de tu palacio.

La codicia es más alta que tu mano y más alta que tus templos y más alta que tus altas montañas.

Inocente.

Romántico.

Revienta tus tumores de oro, deja correr la pus hasta los mares.

Ahoga en piedras preciosas a esa jauría de verdugos ardorosos que van cumpliendo su destino y tu destino. ¡Oh, inca señalado por el presagio!

La noche cae sobre tus dominios. Allá lejos hay un olor de tierra sin hombres. Huye con tus sueños, salva a las que amas y a los que te aman.

Viene el sacrificio a paso de noche y con aliento de lobo.

Apaga las estrellas, aprovecha la obscuridad benigna. Tus ríos se duermen entibados de silencio.

Atahualpa, aprovecha las tinieblas.

Luego llegará tu hora y caerás sobre los hombres ávidos como las cataratas de tus montañas.

He ahí el verdugo tras el olor de la comarca inexplorada con sus imanes de misterio.

Atahualpa, se acerca tu larga noche. Pero mañana la misma ley dialéctica que te hizo víctima romperá tus cadenas y la tierra y el sol será para los hombres de tu raza que aprenderán otra vez a sonreír.

El águila sube sobre el ruido de sus alas, el cóndor se picotea entre las plumas, las llamas blancas contemplan el horizonte con sus ojos de niña que sabe versos, los árboles contemplan el cielo y saludan a tu sol.

Porque ese es tu sol y esa tu luz desparramada sobre las cordilleras, tendida sobre las selvas, animando las llanuras y encendiendo cada piedra y cada flor.

El extranjero, al mirar tus flores encandiladas y los grandes incendios de tus arboledas, tendrá miedo de perder la razón.

No hay luto en medio de semejante luz y aún la tarde es gloriosa como tus preciosos tejidos.

Sin embargo, he ahí al verdugo histórico y su risa ecuestre entre las lanzas.

Hombre de ojos nocturnos, ¿qué quieres de mí?

En las sierras de oriente la lluvia tiene un ruido de pájaro que se frota las alas.

¡Atahualpa, despierta; despierta de tu embrujamiento! ¡He ahí la traición! He ahí la muerte más cerca de tu pecho, que el recorrido de una flecha.

Y se levantan los vasos de oro y los vasos de plata.

Y la chicha, fermentando, hace un ruido de abeja entusiasmada.

Y el verdugo taciturno bebe en tu vaso al honor de tu amistad.

Tres carabelas vinieron sobre el mar.

¡Qué verdes están los árboles! ¡Qué luminosas las colinas!

Atahualpa, Atahualpa empieza tu larga noche.

V. H.